

Presentación del libro “La batalla por Puno”¹

Moderador: Fernando Eguren
Participantes: Julio Cotler
Nelson Manrique
Hugo Neira
Carmen Mc Evoy
José Luis Rénique

Fernando Eguren:

El libro de José Luis Rénique, *La batalla por Puno*, es una gran satisfacción para las tres instituciones que nos hemos aliado para hacer posible su publicación. Porque CEPES, Casa Sur y el IEP, de alguna manera hemos estado involucrados en diferentes momentos, ya sea en la investigación, o en diferentes espacios y tiempos, en la historia que José Luis Rénique cuenta en su libro.

Tenemos un panel de comentaristas que apenas necesitan presentación: Julio Cotler, sociólogo y científico político, investigador del Instituto de Estudios Peruanos; Nelson Manrique, sociólogo e historiador, doctor en Historia, profesor de la Universidad Católica; Hugo Neira, historiador de la Universidad de San Marcos con estudios en ciencias políticas en el Instituto de Estudios Políticos de París y de sociología en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, también en París; Carmen Mc Evoy, historiadora de la Pontificia Universidad Católica, doctorada en la Universidad de California - San Diego y profesora de la University of the South del Estado de Tennessee; y claro, José Luis, el autor, que es historiador de la Universidad Católica, obtuvo su doctorado en la Universidad de Columbia, y es profesor actualmente en el departamento de Historia del Lehman College y en el Centro Graduado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Sin más, doy la palabra de derecha a izquierda, comenzando por Julio Cotler.

Julio Cotler:

Tengo la satisfacción de estar acá para saludar a José Luis Rénique y comentar su libro, porque es una de esas oportunidades en las que la amistad coincide con la estima y la calidad académica del autor. *La batalla por Puno* de José Luis Rénique es un libro que me ha conmovido porque relata las luchas campesinas que se han llevado a cabo desde mediados del siglo XIX hasta las que sacudieron a Puno durante los años 80, poniendo énfasis en los complejos y contradictorios papeles que desempeñaron los personajes de esa larga historia. Con un lenguaje directo y con un ritmo sostenido, el autor asume el papel de relator, mientras que en otras ocasiones deja a los participantes contar su propia y contradictoria historia, por lo que ella se abre a toda clase de conclusiones e interpretaciones, de acuerdo al parecer de cada lector, en tanto que Rénique se abstiene, sino se niega a ofrecernos alguna pista, tanto en la introducción como en el colofón. Por

¹ Evento realizado en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 10 de diciembre de 2004.

esto *La batalla por Puno* es una historia, como se diría ahora, abierta, sin moralejas, y en la que los actores tienen diferentes grados de libertad para desplegar sus intereses, ansiedades y utopías; de ahí que el libro puede inscribirse en las tendencias posmodernas, opuestas a los grandes relatos, en los que personajes y actuaciones se encuentran predeterminadas por visiones iluminadas. Sin embargo, y paradójicamente, en esta historia de larga duración se suceden personajes y acontecimientos que no escapan, que no pueden escapar, a una determinada estructura de denominación de filiación colonial porque restringe la libertad de determinados tipos sociales y de su desempeño. De allí que el relato presente de manera reiterada la reproducción de actores y patrones de comportamiento, -subrayo- patrones de comportamiento sujetos a los datos de la coyuntura. Por eso es que es una historia de larga duración: de un lado los terratenientes y las autoridades, del otro los campesinos, entre ambos los intermediarios, los mensajeros que llevan la buena nueva de uno y otro bando, así como los peticionarios que buscan la protección de los personajes influyentes para reivindicar sus objetivos. Luego de la reforma agraria y de la lucha sobre las impuestas organizaciones agrarias, los campesinos tienen que vérselas con los senderistas y las fuerzas armadas, y del otro lado con la iglesia y los vanguardistas para lograr sus propósitos. Es a lo largo de estas batallas que los participantes desarrollan diferentes estrategias, con inesperados resultados, que muchas veces pueden ir a contracorriente de sus intenciones declaradas. Es decir, ¿cuánto de estructural y cuánto de libertad tiene esta historia?, ¿cuánto de determinista y cuánto de azar tiene la historia?, ¿qué es lo que yo he aprendido?

Bueno, yo he aprendido muchas cosas, pero quisiera, por brevedad, mencionar algunas. Lo primero que he descubierto es la profunda resistencia campesina al Estado y al capitalismo. ¿Qué quiere decir con esto? Quiere decir que el campesinado ha tenido una larga capacidad de oponerse a la expropiación de medios de producción y de su propia gestión política. Así como el capitalismo se caracteriza (no hay ningún misterio en esto obviamente) por el rasgo fundamental que es la expropiación de los medios de producción), el Estado igualmente expropia cuando tiene que ser Estado nacional; tiene que expropiar la gestión política, en este caso tiene que expropiar al terrateniente, tiene que expropiar a las comunidades sus posibilidades de actuación de acuerdo a sus criterios y someter a la población a determinados criterios generales. El Estado es fundamentalmente coactivo, es un agente de coacción, y es en ese juego de resistencia al Estado, como el campesino se ha incorporado parcialmente, oportunamente, al Estado, buscando definir a su manera lo que sería la nación.

Esa es la primera conclusión que me deja pensar José Luis Rénique, pero después me lleva a meditar sobre cuáles son las consecuencias de todo el gran relato que él tiene. ¿Cuáles son las consecuencias hoy?, ¿tenemos nuevas elites?, ¿tenemos nuevos actores? ¿tenemos nuevos comportamientos sociales que se apartan de los tradicionales de tipo colonial? Ilave, San Gabán, ¿de qué manera son ajenos, distantes de las viejas tradiciones? Torres Ccalla, Gustavo Pacheco, David Jiménez, ¿cuánto se apartan y cuánto están cerca de la vieja historia?, ¿hay cortes o hay soluciones de continuidad? Yo creo que son preguntas que algún día las tendrás que responder, a las buenas o a las malas (risas).

Para acabar, recuerdo a un historiador inglés, John Elliot que dice que el pasado influye en el presente y con ello en el futuro -cosa que es sabido-, pero agrega que el presente también influye sobre cómo se ve y se comprende el pasado- Allí yo creo que habría que buscar, a los que estamos despistados, alguna reflexión sobre de qué manera esta

historia de larga duración, estas consecuencias de esta historia de larga duración, nos permiten mirar hacia atrás y reconocernos en una batalla que nunca acaba, gracias. (Aplausos)

Fernando Eguren: Gracias Julio. Nelson Manrique.

Nelson Manrique:

Ante todo quisiera señalar que tengo una cierta relación con el libro que quisiera definir como una relación de tío (risas). En cierto sentido los libros son como hijos, y a veces a uno lo hacen parir. Siento que a lo largo de estos años, cuando José Luis estuvo trabajando el texto, tenía esa mirada de tío: viendo como se iba gestando la criatura, conversando, entusiasmándome con la cuestión desplegada, deprimiéndome con él cuando se encontraba con determinados escollos, arriándolo por momentos, animándolo en otros. Así que su texto para mí es muy cercano, no necesito tomar distancia para hablar sobre él, más bien quisiera subrayar algunas constantes en el trabajo de José Luis. En primer lugar, hay una sostenida preocupación por el sur andino; anteriormente su libro *Los Sueños de la Sierra*, analizó la forma cómo los cuzqueños construyen su visión, la visión de su identidad. En segundo lugar, hay una combinación de aproximaciones al presente, son temas del presente tratados históricamente, y sin quitar el cuerpo es lo más complicado quizás para un historiador: el presente inmediato. En este libro las referencias llegan hasta setiembre del año 2003, es un libro que combina un trabajo muy riguroso de fuentes, trabajo clásico de historiador con un trabajo de archivo, estaría encantado el etnógrafo del trabajo que ha desarrollado trabajando con protagonistas, entrevistándolos, viajando con ellos por los escenarios donde sucedieron los eventos, invitándolos a hacer sus balances y discutiendo con ellos. Dicho sea de paso, varios de los protagonistas se encuentran en la sala, y verdaderamente no me sorprende, porque creo que José Luis tiene la capacidad de involucrar a la gente en sus empresas y de alguna manera este libro termina siendo una lectura colectiva, aunque él sea el que lo escriba ¿no?, pero creo que hay varias personas implicadas en el trabajo. Ahora la otra cuestión es que es una preocupación por pensar la historia política del país de otra manera. La historia política habitualmente es confundida con la historia del Estado, y la historia del Estado con el Estado central, con Lima, en el supuesto de que es posible hacer una historia política reconstruyendo lo que sucede en la sociedad política, bajo la creencia de que esta sociedad política expresa lo que sucede en la sociedad civil. Pero esto pasa muy imperfectamente en el país. Ahora, ¿por qué José Luis escoge precisamente Puno?, ¿por qué el título del libro se llama *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los andes Peruanos*?

Hay una tesis central que plantea José Luis que va bastante más allá de Puno, pone un escenario de conflicto que para él tiene que ver con una historia mucho más amplia, que abarca el país y que en buena cuenta es la culminación de una historia política fundamental. El libro comienza en el año 1987, el escenario que define es un Estado de profunda confusión social, de polarización, con varios protagonistas que en ese momento son cruciales para lo que va a pasar en el país. Está por una parte el campesinado, que tiene pues una lucha secular por la tierra, que ha sido postergada y que está en una situación conflictiva. Está por otro lado la burocracia estatal, intentando bloquear la entrega de la tierra, que por la reforma agraria ha sido entregada a las SAIS, a las ERPS, a las Cooperativas Agrarias de Producción; es esa burocracia estatal que intenta bloquear la reivindicación campesina. Está Sendero Luminoso actuando

militarmente y tratando de precipitar la cuestión a una confrontación que lleve a convertir a Puno en otro Ayacucho, en otro escenario de guerra declarada. Está el PUM como movimiento político emergente de un bloque constituido por gente de la Nueva Izquierda, ONGs, Iglesia Progresista, tratando de buscar una salida para el impasse, dar un camino a la lucha campesina que impida que Sendero convierta esto en otro Ayacucho. Pero detrás de este conflicto en que se va a definir qué pasa con el campesinado y sus reivindicaciones, para José Luis se ha llegado a un punto en que se libra la última batalla de lo que es una tradición política a la que él le da el nombre de tradición radical, que viene desde el siglo XIX, que va a cristalizar en un proyecto que él denomina campesinismo, que ve la lucha por el cambio social en el Perú como un cambio revolucionario que va a tener como dirigente a la clase obrera y como protagonista, como fuerza principal, a los maoístas. Y hay fuerzas maoístas importantes, no sólo Sendero sino también el PUM, es maoísta en ese momento, y respecto al campesinado, tiene una visión por la cual es finalmente el campesinado el que va a salvar al país, el que va a abrir el camino para el cambio.

Buena parte del libro está dedicada a ver la manera, la compleja manera de cómo se construye esta tradición radical, comenzando con el levantamiento de Juan Bustamante en 1868, pasando por Gonzáles Prada y los anarquistas, la nueva manera de pensar la gestión del problema del indio, los mensajeros indígenas de los movimientos campesinos de comienzo del siglo XX, la construcción del discurso indigenista de representación y de expropiación de la voz indígena, para culminar en la elaboración que para José Luis se plasma en el campesinismo, con un proyecto que es mariáteguista. Y en 1987, remitiéndose a Mariátegui, al PUM y a Sendero Luminoso, buscan legitimar su proyecto, teniendo como arena de disputa al campesinado en medio de este enfrentamiento. Se trata pues de un vasto fresco, en que hay un balance extraordinario entre esta reflexión histórica de larga duración y el contra entendimiento. Y esto creo que le debemos todos al hecho de que el tiempo de los historiadores, el tiempo de la historia, es la duración, y la duración está en el presente. En otras palabras, en la lucha que se está desarrollando en Puno en 1987 están funcionando varias capas de temporalidad, conflictos que tienen distintos horizontes que se van a definir en ese escenario, y por lo tanto para entender qué pasa en 1987, es necesario no hacer una especie de marco teórico ni los antecedentes históricos, sino incorporar la larga duración en el análisis, lo cual lo obliga a ir hasta el siglo XIX, para entender de qué estamos hablando.

Hay algunos elementos más que quisiera subrayar. Para José Luis en Puno se cierra un ciclo en la historia peruana, la derrota del proyecto del PUM es la derrota del proyecto de nueva izquierda y cierra un ciclo político. Aunque pueda sonar extraño, el trabajo intelectual requiere también audacia, y creo que José Luis ha arriesgado bastante y creo que gana en la apuesta, porque siempre es más cómodo reflexionar sobre el siglo XIX y llegar hasta 1920 y no arriesgarse, pues las cosas están y más o menos las interpretaciones no deben variarse significativamente. Pero cuando uno llega al año 2003 y emite un conjunto de opiniones sobre personas que están divididas, cuando las cosas están muy frescas, se trata de un escenario en que muchos intelectuales y militantes provenientes del exterior -varios provinieron de Lima, digo peruanos pero exteriores algunos- fueron y metieron tanto de su vida, tanta intensidad, tanta entrega, tanta militancia. Hay temas que son profundamente pasionales, no se trata de que compartan la visión de José Luis, hay temas que sin duda son controversiales para la gente que participó en eso, pero eso lo decía en una reseña hace poco: la historia no es

algo que está afuera para ir a buscarla, sino la historia, la verdad, no es algo que está afuera sino que es algo que se construye en ese debate, en la construcción de esa intersubjetividad que permite consensos. Creo que el trabajo de José Luis es fundamental en ese proceso, se trata en un intento de pensar en la historia política del Perú, no del centro a la periferia como es la propuesta tradicional, la consagrada, sino más bien ir a la periferia y repensar: ¿qué significa el Estado?, ¿qué significa construir el Estado?, ¿qué significa construir nación en el Perú, a partir de un territorio que a primera vista es excéntrico?. Puno aparece como lo más alejado, el sitio donde se envía de castigo a la gente, estoy pensando en el personaje de Vargas Llosa de *La Ciudad y los Perros*, Gamboa, que es enviado castigado a Puno porque fue alguna vez el último lugar del mundo, pero donde suceden una serie de cosas. Y creo que es interesante traer a colación lo que ha planteado Julio Cotler. San Gabán y todo el conjunto de sucesos que han sucedido a lo largo del año, que son un cuestionamiento frontal con relación al Estado, a lo qué es la representación. ¿En qué medida los peruanos se sienten expresados? Todo cierre supone también la oportunidad de una apertura. ¿Qué es lo que se está abriendo tras el cierre de este periodo? Por todo esto me parece que *La batalla por Puno* no sólo es un libro importante en términos de la información que puede dar en términos de nuevos conocimientos, sino sobre todo por las incitaciones, por las interrogantes que abre, por las ganas de poder continuar, por las preguntas que levanta. Como siempre mi agradecimiento a José Luis, y mi admiración incondicional. (Aplausos).

Fernando Eguren: Gracias Nelson.

Hugo Neira:

Buenas noches. Muy de acuerdo con las dos excelentes reseñas y comentarios anteriores. Es más fácil, eso allana el camino y también lo allana la excelencia. Es más fácil para nosotros, como para ustedes, como docentes cuando tenemos que presentar un libro, hacerlo ante por ejemplo una buena tesis, un buen trabajo -este es más que un buen trabajo-, que cuando lo intentamos con un trabajo no concluido, es incómodo, llama la atención por ejemplo un candidato, un doctorado muy fastidioso. La excelencia es más agradable, y es el caso, es excelente. No tengo los privilegios de la amistad, pero en el espacio de mis ausencias y de las tuyas nos hemos conocido poco anteriormente, y no voy a repetir lo que han dicho claramente Julio Cotler y Nelson Manrique; en parte también me siento muy tranquilo porque por otro lado, algunas cosas ya las dije, en la reseña que hice en *La República* en la que dije por ejemplo que el trabajo era de calidad. Lo digo porque de vez en cuando uno escribe en *La República*, y si no la han leído no tienen porque haberla leído por obligación, a veces se pierden unos excelente artículos de Mirko Lauer, pero en fin, hay que comprar los periódicos. Decía que era una obra de una historia social de calidad, de franqueza, decía que es un modelo de análisis este excelente informe. Decía: ¿cuándo habrá algo parecido para los otros grandes valles conflictivos, como el Mantaro, como Cajamarca? Lo digo y lo repito, porque voy a terminar sobre algunas sugerencias y preguntas. Sí, este es un trabajo que me atrevería a decir, poniéndome en la lógica de Nelson y de Julio Cotler, que es un trabajo de quiebre no solamente en la historia como lo que pasa, sino en la lectura de la historia; es decir, Basadre está muerto, hay una historia social, tal vez aquí comienza el quiebre de la lectura de esa historia social. El libro es admirable porque, como dice un viejo adagio, el tiempo sólo respeta lo que se hace con el tiempo; y es un trabajo preocupado, bien atendido, gran parte de la vida en realidad. Es un esfuerzo monumental para recorrer

Puno, donde he estado muchísimas veces, y han venido ciertamente, en la sala, algunas personas que lo han ayudado, como el Buho que está aquí sentado a nuestro lado, Ricardo, tantos otros, agendas libretas de campo, videos, entrevistas. Y tengo entendido -si esto no es infidencia- que mucho tiempo trabajaste el tema sin tener una idea clara de que iba esto a cuajar, sin saber en qué se iba a transformar. Esos son los trabajos auténticos, no es una cosa hecha light, rapidita, a pedido de alguna ONG internacional o algo por el estilo. Aquí hay densidad, aquí hay ruptura departamentalista, acá hay historia social y hay una lectura -como lo han dicho Nelson y Julio- de la historia, los antecedentes del siglo XIX, y a la vez una lectura horizontal de las cosas que han pasado.

A mi me gusta también que no nos engañemos, lo que dice con toda claridad lo que hizo la izquierda para detener a Sendero, en el momento que hay gente que quiere confundir todo lo que sea de izquierda con Sendero. No, allí le pararon los machos a Sendero, campesinos y gente de militancia, eso es decisivo e importante; de manera que por ejemplo la casilla de Martín Tanaka y otros, donde dice la ficha de ideas claras, violencia política, terrorismo, fuerzas armadas, campesinos, tenencia de tierras -no seamos tan modestos- movimientos sociales, historia del Perú, Puno y falta el ítem izquierda; sí, izquierda, para entender este libro deseamos entrar en los ordenadores de la cabeza de muchas gentes. Sí pues, había otra izquierda que era supercentral, además Sendero es otra tesis que vamos a hablar en otro momento, es otra cosa. Pero volviendo al tema, cuando he leído este libro me he hecho dos preguntas: ¿Cuál es el sustrato del otro libro que él tiene del inmenso material?, y ¿qué va hacer después? Por el sustrato acá hay un segundo y tercer volumen que consiste en las entrevistas, el video, las libretas de campo, las reflexiones, el material bruto del cual este libro es la punta del iceberg. Hay un trabajo monumental, y nos gustaría tener acceso a ella: las fuentes económicas, sociales, políticas, de lo imaginario, que él ha entrevistado, que se han confiado a él, ahí hay un trabajo formidable por ese lado. Y segundo, pregunto: ¿porqué aquí nace una historia social distinta? Si suscribo que lo hace un investigador, entonces mi pregunta es ¿qué va ha seguir?, porque Julio Cotler ha hecho unas preguntas que yo también me hago como sociólogo, que es ¿qué pasa en el paisaje de la sociedad peruana?, ¿qué nuevos actores sociales están surgiendo?, ¿cuáles son las nuevas configuraciones, las nuevas emergencias en todo el país?. El Ministerio del Interior ha dicho que hay 8,000 llaves por año en este país, o sea 23 por día, yo modestamente me he ido a Puno a ver algunas cosas llevándome tu libro, primeramente llevándome tu libro para ponerlo de cabecera. ¿Qué pasa en otros sitios?, ¿qué está pasando en esa línea de inscripción entre el Estado y las ciudadanía emergentes, los descontentos, las nuevas expresiones, los nuevos actores?, ¿qué es esto? Entonces a ti se te tiene que pedir la teorización, porque ganaron algunos -menos mal- La Batalla por Puno, o de pronto estamos perdiendo la guerra por el Perú. Es decir, que en algún lugar de Lima están presentando un libro importante de los nudos conflictivos, donde está gran parte de la izquierda, porque para decir algo que no ha dicho Julio Cotler, lo cual no es tan fácil, diré que curiosamente esta izquierda que está presente aquí ha servido siempre para tener respuesta en contrapeso contra el Estado, desde el Cuzco, desde los tiempos de Hugo Blanco, pero no veo hasta ahora una propuesta de Estado, una propuesta de integración de todos esos movimientos sociales que andan sueltos. Entonces aquí viene una reflexión de orden teórico, político, de actores, de movimientos, de clase política, de proyecto de Estado, que es el segundo volumen que todos te queremos pedir, entonces ¿qué vas a hacer en adelante? Cuéntanos un poco: ¿cuáles son tus proyectos?, ¿cuál es

tu itinerario intelectual?, ¿qué se viene de Rénique? Porque estaremos todos muy atentos a lo que venga. Muchas gracias. (Aplausos)

Fernando Eguren: Gracias Hugo. Carmen Mc Evoy.

Carmen Mc Evoy:

Bueno, primero que nada agradecer a José Luis por este honor de compartir con él el nacimiento de su libro y estar en esta mesa con tan distinguidos académicos. Yo quisiera plantear un poco mi presentación desde el punto de vista de la historia. En el libro que revela quizás con mayor claridad la dimensión humana de Jorge Basadre -me estoy refiriendo a *La vida y la historia*-, el historiador tacneño señaló a la inexorable huella del tiempo como el factor encargado de silenciar lo que en algún momento fue bullicioso, de detener lo que tuvo la espléndida palpitación de la vida, y de finalmente marchitar lo que algún día lució lozano y arrogante. Para el Basadre de los años crepusculares, la historia era un patético afán de hurgar las tumbas, un ademán solemne e iluso de detener el tiempo, un esfuerzo vano de encontrar, de vivir y comprender algunas huellas de este tránsito y relacionarlas con nosotros mismos, ya no en lo que nos atañe en cuanto a individuos o familias, sino en cuanto a pueblos y civilizaciones. La tarea del historiador, de acuerdo a Basadre, no era fácil, ya que los recuerdos, la materia prima de la historia, jamás ha estado circunscrita a personas, cosas o sucesos gratos; se hallaban unidos también inevitablemente a lo prosaico, a lo triste, a lo cruel y a lo violento. Sin embargo, las cosas que en su hora fueron negativas, oscuras, con el tiempo podrían resultar interesantes y aún estimulantes, porque tal como las cosas bellas, lo triste, lo cruel y lo violento, ostentaron el privilegio de haberse incrustado en nuestras vidas, en nuestra conciencia y en su contorno. Hurgando en las tumbas, deteniendo el tiempo y esforzándose por comprender algunas huellas del tránsito difícil y doloroso de muchos personajes peruanos y extranjeros por el altiplano puneño, José Luis Rénique nos descubre mediante un trabajo excepcional, aquella inescrutable frontera geográfica y mental donde, desde el siglo XIX en adelante, cientos de forasteros acudieron a experimentar sus sueños, sus deseos, sus obsesiones. Puno aparece así como un colosal laboratorio político, económico y social, que a la manera de un campo magnético atrae a los personajes más disímiles del Perú y del mundo, la mayoría de ellos descontentos con la modalidad capitalista.

La paradoja de la historia contada por José Luis, es que el poblador de Puno, si bien se ha mantenido a través de los siglos fiel a sus principios y a sus tradiciones, es moderno, en el mejor sentido de la palabra. Apuesta por la educación, es flexible ante el cambio, utiliza con inteligencia todas las oportunidades que la vida le ofrece y es capaz de reinventarse permanentemente, para convivir tanto con los que se creen sus redentores, como con los que amenazan mediante sus palabras y sus hechos los frágiles fundamentos de su existencia. En estos múltiples viajes de ida y vuelta que Rénique coloca en secuencia histórica, pareciera ser que no es el afuerino, sino el puneño, quien estuviera dando a sus salvadores y a sus verdugos lecciones invaluable de cómo sí es posible sobrevivir a la adversidad, celebrar la vida, construir nación y seguir adelante. La sensatez de los puneños, a la cual se refiere Ricardo Claverías, que es uno de los personajes que cita José Luis y que sucesos como el de Ilave no deben hacer olvidar, ese pragmatismo de una civilización que ha participado de otras tantas batallas que muchos de nosotros desconocemos por haber ocurrido en ámbitos meramente privados, queda graficada en la breve frase que produce Benito Cagma en el momento más álgido de una

guerra civil que lo conmueve por su crueldad infinita. Ahora me doy cuenta, dice el comunero, que con muchas frases y discusiones cantidad de gente se ha ido rumbo a la muerte.

Quisiera aprovechar esta oportunidad que José Luis me da para detenerme en dos puntos que me parecen de interés historiográfico en *La batalla por Puno*, así como también señalar un par de ausencias que no desmerecen para nada el tremendo esfuerzo de su autor. Primero, para dotarle historicidad a un proceso sumamente complejo como es el que se analiza en *La batalla por Puno*, José Luis decide embarcarse en una tarea ardua que es la de construir una genealogía capaz de proveer de un marco al accionar histórico que estudia, y de un contexto en los problemas que cada actor o conjunto de actores intentará en su momento resolver, tratando de comprender el sistema de preguntas que subyace a un sistema de pensamiento que fue por momentos republicano, indigenista, adventista, cristiano, marxista, o senderista. José Luis reconstruye de manera brillante las problemáticas que tensionaron y modelaron las cambiantes constelaciones de ideas, la mayoría de las cuales tuvieron un impacto profundo en la realidad puneña. El poder del método genealógico usado por José Luis, reside en el hecho que por ayudarlo a tomar distancia del canon con el que se ha abordado tradicionalmente la problemática indígena, él logra acceder a una libertad epistemológica, la cual le permite plantear nuevas preguntas, elaborar otras conjeturas y crear un sin número de probabilidades y de posibles escenarios para analizar el devenir histórico en Puno. Este tipo de historia, con la que José Luis experimenta, trata al presente como producto de un pasado contingente, en lugar de tratar al pasado como el camino inevitable al presente.

La historia que José Luis rescata no es en absoluto sólida y menos aún certera; por el contrario, dicho legado histórico que él irá llevando a manera de un mapa artesanal, de capítulo en capítulo, se convierte en un ensamblaje de fallas, lisuras y capas heterogéneas, en cuya construcción han participado diversos personajes cuya decisiones fueron la mayoría de las veces imposibles de prever y menos aún de controlar. Desde la imagen de Juan Bustamante y sus seguidores asesinados en Pusi, hasta la del gringo Olivares muriendo en su ley junto con cuatro de sus camaradas en Huancané, pasando por Rumi Maqui, Avelino Arapa, Fermín Machaca, Bernabé Sucasaca, Paulino Ilapa, José Antonio Encinas, Urviola, José Carlos Mariátegui, los padres Mariknoll, los pumistas, los senderistas, las ONG, o los comuneros tomando las tierras que una vez les pertenecieron. La imagen de capas geológicas que transmite la lectura del texto, ayuda a que rescatemos de la mano del autor la noción de que el peso de la historia -a la que se refiere citando a Max en el epílogo- no fuera de manera lineal, a pesar de que es inevitable recurrir a un relato de esa naturaleza para comprobarla. Sin embargo, así como el método arqueológico que José Luis emplea enriquece la visión de los acontecimientos, así pone en evidencia su inconsistencia y la participación de la contingencia en cada una de las definiciones que se analizan, siendo probablemente una de las más trágicas, debido a que pudo detener el horror posterior ocurrido a fines de la década de los 60 cuando el lento proceso de construcción de una sociedad civil y de una burguesía puneña con liderazgo político propio fue barrida por el avance del leviatán velasquista. Un hecho que se repetirá un par de décadas después con otro leviatán, esta vez por el populismo montado por el APRA. Los ejemplos anteriores muestran cómo todos los hechos históricos se descomponen ante los ojos del lector por obra de decisiones que el historiador genealogista subraya en voz alta. Lo más fascinante de este procedimiento es que reorienta la relación de la historia con las posibilidades políticas, a

la manera de *El jardín de los senderos que se bifurcan* de Borges, *La batalla por Puno*, con sus fallas, fracturas, fisuras, no prometen futuro de la historia progresiva, pero sí ofrece múltiples posibilidades mediante las cuales muchos futuros pudieron ser perseguidos por razón de la intención y la imaginación de los actores implicados. Es por ello, probablemente, que al final del libro José Luis nos dice que Puno espera, no inerte por cierto, y es que teniendo en cuenta los innumerables peregrinajes de su dramático devenir nadie ha dicho aún la última palabra, ni para Puno ni para los puneños, y ellos lo saben mucho mejor que nosotros.

Respecto al segundo punto que me interesa analizar, la incorporación de la problemática de Puno en la discusión de la cuestión nacional en el Perú, pienso que al definir claramente aquella conexión que desafortunadamente no ha sido debidamente estudiada, José Luis ha descubierto una cantera que no sólo permite reformular en términos muy novedosos y muy nuestros la discusión en torno al nacionalismo que el libro de (ininteligible) inauguró hace ya varios años; sino que posibilita colocar la historia local en el centro de un debate nacional, del cual nunca debió de salir. Ya no es novedad para ninguno de los aquí presentes que la principal tarea que tiene la izquierda para el siglo XXI, de acuerdo a (ininteligible), es su habilidad de reinventar una política de corte nacional. Una de las peculiaridades del libro de José Luis es justamente poner en evidencia el interés permanente de los pobladores de Puno por ser incorporados, dentro de sus propios términos, a la nación peruana, una nación que cada uno de los afuerinos definirá en términos diferentes: desde la nación republicana y de ciudadanos de Bustamante hasta la nación armada de Sendero, pasando por la nación literaria de los indigenistas, la civilizada y cuasi (ininteligible) por lo protestante de los adventistas, la nación católica de los padres Mariknoll e incluso la nación agrarista de los desarrollistas de las ONG.

Un asunto fascinante que emerge como producto de este enfoque, es descubrir que las batallas por la nación en el Perú las pelean un sector de la inteligencia en los márgenes, en esa frontera inhóspita, donde todo está para hacerse. La multitud de variables que es necesario de confrontar en dichos bordes determina que la articulación de formas políticas realizables, la construcción de una sociedad civil de corte democrático, la elaboración de un sustento económico que otorgue viabilidad a cualquier proyecto nacional, se convierte en una tarea titánica por no decir imposible. Es por ello que - dentro de un contexto en que para construir la realidad se requiere entre otras cosas de una iglesia importada, de una ideología prestada, china, rusa, evangélica, pequinesa, y del flujo de ayuda externa vía un puñado de las ONGs- no sorprende el comentario de un pumistaa consternado con lo inasible de su entorno y aquí lo cito: “si la memoria no nos engaña -dice el testigo- nunca nuestros análisis han estado tan despistados y tan enfrentados con la realidad”. Acá viene mi pregunta, comentario, hipótesis de trabajo. ¿Es acaso que el Estado, un convidado de piedra en el libro de José Luis, decide en un momento dado de su tortuosa y desconocida historia crear las bases para desterrar a sus intelectuales a la frontera inhóspita de las preguntas sin respuestas, redirigiendo de esa manera unas energías mentales que podrían resultarle peligrosas para su propia supervivencia, y más aún en el camino de un sistema montado? Bueno, logra convencernos a todos de que es en la frontera de lo adverso y de lo difícil, y no en el centro de lo viable, donde se debe dar la batalla por la nación. Apartando sutilmente a sus intelectuales del núcleo central del poder, que es de donde realmente emanan las decisiones que permitirían derribar cercos culturales y solucionar política y económicamente no sólo los problemas de Puno sino de todos los departamentos del

Perú, el Estado peruano -autista por naturaleza- se libra de sus mayores competidores en la definición de un proyecto nacional. Es sintomático que durante el gobierno de Leguía -cuando se revierte el proceso de los mensajeros y llegan a Lima, y son los intelectuales apoyados por su régimen los que comienzan a partir hacia Puno, descubriéndolo como una frontera imaginaria primero, y política después- ocurra la confluencia de una serie de desarrollos, como son la apropiación del discurso indigenista por parte de Leguía, el flujo de fondos desde el extranjero para estudios de corte antropológicos, la existencia de un idealismo que no encuentra sus cauces dentro del sistema legal, unidos a un discurso utópico que emerge en tiempos de crisis y de frustración. Van creando la estructura que irá encontrando su peculiar dinámica en el Puno de los años venideros, así como José Luis ve a Puno rodeado de una suerte de anillo de acero que lentamente se va quebrando, yo veo al Estado peruano rodeado de su propio campo de energía, rechazando y forzando a la migración a todo aquel que con su idealismo, su sentido de experimentación, su creatividad y su deseo por el cambio terminará atraído por una frontera que -como la puneña- cautiva por los inmensos desafíos que oponen. Lo más interesante es que cuando los colonos han cumplido con su misión y están a punto de disfrutar de sus esfuerzos, llega el Estado y se apropia de todo para destruirlo.

¿Qué es lo más lamentable de este sistema que se ha ido perpetrando a lo largo de décadas, y que sólo un libro como el escrito por José Luis permite entender? Primero, que ha colaborado en desperdiciar fuerzas y energías en combates políticos e ideológicos cuyas consecuencias en el mundo real no es necesario recordar. Segundo, que al emigrar los generadores de ideas a las fronteras, nos han dejado solos y vulnerables en manos de los pragmáticos, por no decir los mafiosos de turno. Y tercero, que las derrotas o los triunfos parciales en una frontera extremadamente difícil de conquistar, han ayudado a reforzar el pesimismo que caracteriza a nuestra clase intelectual. ¿Será posible a esta altura del partido sacar provecho de tanto descalabro? Aquí cabría volver a Basadre, y a la pregunta que mencioné al inicio de mi presentación: ¿Cómo lograr que las cosas que fueron negativas y oscuras con el tiempo puedan convertirse en estimulantes? Es decir: ¿Cómo transmutar lo que nos hizo tanto daño como país en puente de futura fortaleza y sobre todo de sabiduría? José Luis parece estarnos diciendo que si tomamos prestada la maqueta de Puno con sus enrevesadas ecuaciones y complicados logaritmos, si usamos toda esa experiencia acumulada, incluso la más negativa, quizás podría ser posible ensayar un modelo novedoso de proyecto nacional de corte republicano, en un país que se caracteriza por dilapidar la experiencia acumulada mediante el olvido. José Luis nos regala este trabajo, y como uno de los tantos mensajeros cuya historia narra, regresa de Puno a Lima con un cúmulo de lecciones que obviamente nosotros debemos asimilar.

Quiero terminar mi comentario tocando algunas de las ausencias que noto en el libro y que probablemente una futura edición que se que va a venir, segunda y tercera parte, pueden subsanar. Creo que el primer capítulo de *La batalla por Puno* no termina con Juan Bustamante sino con Manuel Costas, quien es el primer vicepresidente de la fórmula del partido civil entre 1872–1876. Manuel Pardo, quien escribe una de las aproximaciones sociológicas más logradas del problema puneño, algunas (se corta la grabación) (continuación en el lado B del casete) ... inventando con formas alternativas de derribar el cerco gamonal, las que pasan por la definición de una nación económica. Costas es un lanero exitoso y un ex convencionalista al igual que Bustamante, quien cree como Manuel Pardo en una solución económica, con la que podemos discrepar o no, al problema de la incorporación de Puno y sus habitantes a la república: la alianza

del civilismo con el sur andino. Costas como primer vicepresidente, y el cuzqueño Garmendia como segundo, muestran la vitalidad de esas mesocracias regionales decimonónicas alisadas brillantemente en el reciente trabajo de Nuria Sala sobre burguesías regionales.

La otra notable ausencia en un texto de esta categoría es el Estado. Si bien existen aproximaciones a su manera de operar, aquellas no son sistemáticas, y menos aún totalmente de corte analítico. Para comprender el Estado peruano, un elemento clave en la forja -o mejor dicho no forja- de la nación, es necesario estudiar su naturaleza, su manera de operar y todas sus enrevesadas estrategias, para así poder llegar al corazón de su lógica suprema, cual es el rechazo permanente, no sólo a la creación de una nación moderna y democrática sino de cualquier posibilidad de integración nacional. ¿Por qué? Es lo que aún nos queda por averiguar. Ahora, y concluyendo, luego de cualquier batalla existe un procedimiento que es casi universal en todos los ejércitos: recoger a los heridos para curarlos, enterrar a los muertos, decidir que pertrechos de los que han quedado desperdigados son aún de utilidad en el futuro, pero por sobre todo el recolectar los partes de batalla, para así poder evaluar de manera razonada los aciertos y los desaciertos del comando a cargo de la operación. Nosotros no hemos terminado de enterrar a nuestros 70,000 muertos, los heridos principalmente del alma tardarán mucho en recuperarse, y sobre los pertrechos no hemos decidido eliminar por el momento lo que nos resulta inservible y perjudicial. Sin embargo, José Luis, como buen corresponsal de guerra, nos ha traído los partes de batalla que muchos de los combatientes le comunicaron en persona; esos partes recolectados con sumo cuidado y profundo respeto permitirán evaluar cuales fueron nuestros aciertos y cuales nuestros errores, para así intentar proseguir con otras batallas mucho más difíciles y que ya no serán sólo por Puno, sino por el Perú. Gracias. (Aplausos)

Fernando Eguren: Muchas gracias Carmen, además, haber subrayado todos los comentaristas la excelencia y el trabajo de José Luis, hay preguntas, demandas y hasta exigencias. Ahora es tu turno.

José Luis Rénique:

Bueno voy a tratar de mantener un poco aquí, estabilizar un poquito la aflicción porque hasta con mi tarea bajo el brazo estoy saliendo de esta presentación. Yo quiero empezar dando gracias, dando gracias a las instituciones que han editado este libro, que como bien dijo Fernando Eguren al comenzar, estuvieron vinculadas en diversos momentos de la estructuración de este trabajo, muy en particular a CEPES, que fue mi casa durante años y que me dio para este trabajo un ángulo que creo que fue ese elemento que me sacó del archivo y de la biblioteca, en el mejor sentido de la palabra, que fue el contacto con las organizaciones agrarias, con el mundo éste de los activistas y todo ese sector del país que no se resigna a que la agenda y el guión de la construcción de la nación sea impuesto. Mi agradecimiento a CEPES entonces, al IEP, a Casa Sur, y mi agradecimiento personal a Fernando Eguren. En segundo lugar quiero agradecer a los amigos, a los compañeros que ayudaron a que este texto sea posible, que creyeron en él, que confiaron en mi. Esto es bastante curioso y motivo de una enorme alegría: sentir que uno escribió un texto de historia y que algunos de los protagonistas de ese texto están sentados acá. Quiero reconocer la presencia y la entrega en la redacción de este trabajo a Ernesto Sueiro, a Ricardo Vega, Alberto Quintanilla, Martha Giraldo, y

probablemente se me escapan algunos de los amigos cuyas historias están en las páginas de este libro.

Creo que lo que he escuchado aquí evidentemente, como ustedes podrán comprender, es bastante halagador, bastante abrumante, las intervenciones han llegado a niveles bastante sofisticados de análisis de la comprensión del tiempo, y de la calidad de análisis del libro. Para entrarle a ese tema yo quisiera un poco subrayar algo que dijo Hugo Neira, que me parece sumamente interesante. Este es efectivamente un libro que no se sabía bien a dónde iba a llegar, y yo quisiera -si me lo permiten- decir que este es un libro también, aparte de todas las cosas que se han dicho aquí, extremadamente personal; creo que es un libro que tiene que ver con el hecho de irme del Perú, en el sentido que la primera vez que salí de Perú, fui a hacer estudios doctorales a Nueva York, y tuve la suerte de tener una compañera boliviana que se pasó los tres años del doctorado diciéndome: “tú no eres peruano, tú eres limeño”. Y lo que provocó esta querida amiga que no he vuelto a ver, que dicho sea de paso se casó con un ingeniero petrolero libanés y se fue a vivir al Medio Oriente (risas), total traicionó la causa andina; lo que logró fue que regresara a Lima y que 10 días o 15 días después de regresar - porque sobre todo fue en invierno, entonces, ustedes saben como es eso, venir en Julio a Lima es un desafío psiquiátrico- que 10 o 15 días después de estar tres años en Nueva York me fuera al Cuzco. Como cuento en la introducción del libro, yo estaba en el Cuzco escribiendo una tesis sobre el Cuzco, y como era mi oficio me pasaba un día en la biblioteca y en el archivo, hasta que un día bajé a tomar un café y me encontré con alguien que conocía más o menos de la época universitaria, y me dijo mira, yo soy de por allá de Ayaviri y vamos a tomar unas tierras, entonces evidentemente era una invitación bastante difícil de rechazar, así que me dispuse a tomar mi tren, bajé en Ayaviri y ahí comenzó algo que -si me permiten, no quiero sonar vanidoso, yo estoy muy orgulloso, no es fácil caminar por el altiplano, la altura seca es una realidad desafiante, no es un sitio en el que un rimense como yo se siente a plenitud- pero en Puno descubrí lo que no estaba descubriendo en Cuzco, que había sido supuestamente el lugar donde mi compañera Boliviana en Columbia University me había mandado, que era un lugar para mirar, para mirar el Perú de una manera en que yo pudiese ponerme en problemas, pudiese calibrar hasta qué punto yo pertenecía a esto que le llamamos el Perú. Puno sí me lo dio, y me lo dio porque me puso frente a una situación en la que los hechos de voluntad, los márgenes de libertad, el coraje personal, el deseo, el anhelo, el enfrentar el riesgo, estaban en juego todos los días, y eso fue lo que compartí con los compañeros que están acá. Creo que era una realidad que obligaba a síntesis cotidianas permanentes, y creo que tuve el enorme privilegio de tocar con las manos lo que era el problema de la identidad, o sea la cuestión de construirse y reconstruirse cotidianamente frente a una situación en la que un día un terremoto por aquí, al día siguiente un huayco por allá, a la semana siguiente una tempestad por el otro lado, y los hechos comienzan a colapsar de una manera en que la mera lectura de ellos es un problema epistemológico que desafía todo lo que encuentra por ahí. Y hubo un par de viajes que yo hice entre que iba y venía de Puno que creo que fueron una lección extraordinaria, y que debo a un gran amigo mío en ese momento muy enfermo, que lo tengo siempre en la memoria. Fueron un viaje al Salvador y Guatemala en el momento en que se firmaba la paz, y un viaje a Bosnia en los días siguientes de las firmas de los acuerdos de Dayton. Estos viajes me enseñaron, como después lo he escuchado decir a Carmen en algunas oportunidades, que las guerras son asuntos terriblemente complejos, terriblemente desordenados, terriblemente complicados de entender y que uno tiene que ir desenvolviendo, pero al mismo tiempo una promesa extraordinaria para entender a una

sociedad, siempre que uno sea capaz de desempolvarlos, de deshilarlos, porque son oportunidades en que lo mejor y lo peor de una sociedad se presentan ante los ojos de un investigador.

Ese es el escenario en el que yo comencé este esfuerzo por pensar la historia desde el presente, eso me excluyó de los grupos de historiadores oficiales; mientras miraba el auditorio pensaba que aquí el gremio de los historiadores no está presente porque de alguna manera creo que eso me sacó del gremio de los historiadores. Como recompensa me puso en contacto con unas bellas personas en nombre de muchos caminos de la vida, y de las cuales aprendí todo lo que he logrado poner en el libro, y digo esto no como un acto de vanidad, sino como un llamado de atención, porque la prolongación de lo que me pide Hugo quizás no esté tanto en escribir un libro, un segundo capítulo de este libro por la sencilla razón que tengo 52 años, y este es un libro de juventud tardía (risas) cuando uno ya sabe lo suficiente y todavía tiene energías. El siguiente libro es un esfuerzo pedagógico, el siguiente es un esfuerzo docente y creo que yo comenzaría ese esfuerzo docente demandando que construyamos una historiografía ad hoc para el Perú. Nosotros no tenemos una escuela histórica, nosotros tuvimos una excelente escuela histórica en un período de antiguo régimen, de sociedad tradicional; el gran pensador, el hombre de la atalaya, la gran perspectiva, por eso nos pasamos los 70 y los 80 pidiéndole a Pablo Macera que fuera el oráculo, porque extrañábamos ese rol. Lo que nosotros necesitamos ahora es un Estado, un segmento, un grupo de historiadores profesionales comprometidos con el Perú y capaces de explorar todas las formas posibles para examinar la forja de la nación; tomando la frase de Carmen, eso es lo que necesitamos ahora, y si este libro puede llamar la atención sobre eso me siento sumamente feliz, y me siento sumamente feliz también por llamar la atención con el universo de Puno, porque creo que Puno es el espejo donde se puede mirar al Perú, Puno es un test de la república constante, permanente. Constantemente, desde que yo terminé este libro hasta ahora, yo ahí en mi casa en Nueva York viendo en la televisión veo incidentes, cosas que pasan en Puno y realmente tiemblo, porque siento que los mensajes que emite esa realidad siguen siendo absolutamente conmovedoras, yo no sé si es que a veces no lo sabemos leer, en todo caso quisiera que este libro contribuyera precisamente a eso; que hay una manera, que la obligación de aquellos que quieren hacer historia para el caso del Perú, que la historia que tenemos que construir, que si hay un valor en este libro, va a ser con referencia a eso. Es que hay que buscar ángulos que estén fuera de estos campos magnéticos que rodean al Estado, a lo que se ha referido Carmen. Yo creo que si nosotros somos capaces de inventar alguna manera de organizar colectivamente, ordenar disciplinadamente esta manera, este desafío de mirar al Perú desde ángulos distintos, y logramos hacer de eso el primer paso para una democratización de conocimiento histórico; si logramos que se difunda la idea de que la clave para hacer historia son las preguntas y no la teoría o los documentos, habremos avanzado un montón.

Yo hace un par de años me vinculé efímeramente con una organización, un intento en el embrión de organizaciones de historiadores y lo que me atrajo más fue la juventud de los historiadores, pero lo que después me desalentó fue que lo único que discutían era sobre cómo reclamar para que el archivo tal tenga anaqueles, y el otro archivo; y junto a los documentos -nuestro querido amigo Alberto Flores Galindo insistió-, junto a los documentos, que es evidentemente una expresión de una manera bastante limitada para un país como el Perú, yo creo que el historiador de hoy, de mañana, tiene que salir al campo, tiene que hablar con gente, tiene que encontrar esos ángulos alternativos para

mirar al Perú; si no, evidentemente no vamos a avanzar en esta tarea. Por eso entonces yo creo que escribir un capítulo nuevo de esta batalla por Puno a estas alturas para mi personalmente, como individuo, es desde ahora una tarea docente, una tarea pedagógica, y es a lo que yo quisiera dedicar mi tiempo, quiero terminar, tengo muchas ideas en la cabeza en este momento y yo soy una persona de metabolismo lento, así es que desgraciadamente me resulta muy difícil improvisar con la maestría de los acompañantes aquí en la mesa.

Quiero terminar diciendo que tocando el tema de la izquierda, tocando el tema del involucramiento con el presente, historiadores opinando sobre el presente, yo no concibo una historia que no parta del presente, y evidentemente esto lleva a problemas bastantes álgidos. Yo no estoy al tanto de la manera en que este libro pueda ser leído o haya sido leído por algunos de los personajes políticos que están implicados en este libro, pero lo que sí quiero subrayar es que en este libro hay una historia que Hugo Neira ha mencionado, que es absolutamente imprescindible: la guerra contra Sendero se ganó en los pueblos, en los distritos, en los valles de la sierra, y los protagonistas principales de esa historia fueron campesinos y fueron militantes de izquierda, y ese es un hecho controvertido, es un hecho claro y que ha sido totalmente olvidado, trastocado o enterrado, y creo que este libro contribuye con elementos para pensar esa fase fundamental de nuestra historia reciente. Pero al mismo tiempo, creo que lo de Puno como ha sido dicho aquí también, fue el final de esa experiencia, fue el final de una tradición radical que se justificaba por la estructura que tomó el Estado, el Estado republicano peruano.

El Estado peruano republicano en sus primera décadas tuvo como guía moral la promesa liberal, pero hacia 1860 y por una serie de razones que sería largo de detallar aquí, abandonó la posición más democrática, más representativa que la doctrina liberal obsesiva, eso ocurrió a través de Latinoamérica, fue cuando los liberales abrazaron el positivismo y privilegiaron orden a representatividad, y entendieron que la filiación de orden y progreso era la guía fundamental para la construcción de la nación. En otros países el problema no fue tan grave pero en el Perú sí, porque esa tradición “liberal” (pongo las comillas), porque esa fue la manera en que se había dividido ese momento histórico, posiblemente implicó que el interior del país quede en manos de sectores con una cultura política despótica, asquerosa, total implicó darle carta de ciudadanía y legitimidad, patente de corso, a manera de hacer política que hoy día reaparecen en las pantallas de televisión en el testimonio del congresista Torres Ccalla. Ese estilo está en el gobierno en cierta medida y creo que eso es lo que hace que haya una tradición radical que se sienta convenida a hacer varias cosas en un solo movimiento. En primer lugar hay que construir pueblo, hay que construir ciudadanía, y eso queda en la ciudad muy pequeña muy chica; el pueblo, la ciudadanía, son los indígenas, y ese orden hay que tirárselo abajo como sea, toda esta combinación si uno le añade pues la primera guerra mundial, la revolución bolchevique, la revista Amauta, Arguedas, sale una construcción de nuestra aparición radical que ha sido una forma muy intensa de nacionalismo. Justo cuando nosotros ahora nos planteamos que tenemos que construir una izquierda, y hacemos el examen crítico de la tradición radical, el problema que tenemos es que no podemos tirar el agua con el vino y todo a la cañería ¿no? Y muchos de los elementos de esta tradición radical que nos empujó hacia el desastre, como es en el 80, son los elementos rescatables que limpiar para construir el nacionalismo moderno que nos va a permitir ser una nación cada vez más fuerte y más feliz en el contexto de la modernidad. Este tipo de razones, esta combinación de vivencias que van desde mi

compañera boliviana en Columbia, con una experiencia de emigrante que yo rescato, un emigrante que es un puente a Puno, y de eso yo estoy muy orgulloso. Toda esta vivencia decía, de hasta los temas del republicanismo que si me permiten, estimada amiga y colega Carmen ha traído nuevamente a la discusión, son el trasfondo de este libro, de este libro en el que -vuelvo a reiterar desde lo más hondo de mi corazón- quizá lo que está escrito en esas páginas es solamente una parte, puesto que las vivencias que aprendí de los compañeros que están aquí presentes, y que me hacen muy feliz estando aquí, es acá en mi corazón y por supuesto me seguirán durando por todos los años de trabajo que todavía me quedan por hacer. Muchas gracias. (Aplausos)

Fernando Eguren: Muchas gracias José Luis, muchas gracias a nuestros amigos comentaristas y a todos ustedes, afuera debe haber vino para celebrar la presentación de este libro.

José Luis Rénique: Muchas gracias.
